

La Psicología Colectiva de Maurice Halbwachs

Ana Vítores y Pep Vivas

Universitat Autònoma de Barcelona y Universitat Oberta de Catalunya

ana.vitores@campus.uab.es

pvivasi@uoc.edu

El artículo a cuya lectura invita esta introducción puede ubicarse en el contexto de un conjunto de trabajos sobre la noción de Psicología colectiva que marcaron el trabajo de Maurice Halbwachs (1877-1945) desde sus primeros textos.

No es, sin embargo, un texto sobre memoria. Ciertamente podemos encontrar el desarrollo más acabado de lo que implica una Psicología colectiva en los trabajos de Halbwachs sobre las relaciones entre memoria y sociedad. El mismo concepto de memoria colectiva queda perfectamente desarrollado en tres de sus principales obras: *Los marcos sociales de la memoria* (1925), recientemente traducida al castellano, la investigación sobre la memoria de los lugares evangélicos en Tierra Santa (*La Topologie littéraire des Evangiles en Terre sainte, étude de mémoire collective* (1941) y su obra póstuma *La Memoria Colectiva* (1950) de la cual se publicó una selección en el número 2 de esta misma revista.

No obstante, previa y paralelamente a estos trabajos, encontramos entre sus diferentes textos un interés constante por la teorización y la demarcación de la *Psicología colectiva* como disciplina y como ámbito de estudio general. Una elaboración que enmarca tanto sus trabajos sobre memoria colectiva como el hilo de la mayoría de su obra. De hecho, Psicología colectiva es el nombre de la cátedra que ocupó en el *Collège de France* en 1944, sólo un año antes de su absurda muerte.

La tarea de definir y desarrollar una Psicología colectiva se hace especialmente evidente en dos tipos de trabajos. En primer lugar, en aquellos textos en los que el autor recoge y revisa explícitamente la noción de conciencia colectiva de Emile Durkheim¹. En efecto, y aunque sea imposible reducir sus influencias a una, Halbwachs ha venido a ser considerado en muchos sentidos como el heredero de Durkheim por excelencia. Y una de las líneas conceptuales que reivindicará con más énfasis será la que se deriva del estudio de ese conjunto de creencias y sentimientos comunes a los miembros de una sociedad, que existen a través de las creencias y sentimientos presentes en las conciencias individuales, pero que son, sin embargo, algo diferente a ellas, una entidad propia. La vindicación y

¹ Veáse a tal ejemplo: Halbwachs, M. (1905). Les besoins et les tendances dans l'économie sociale. *Revue philosophique*, 1, 180-189; (1913). La classe sociale et les niveaux de vie. *Recherches sur la hiérarchie des besoins dans les sociétés industrielles contemporaines*. Paris: Alcan; (1925). Les origines du sentiment religieux selon Durkheim. Paris: Stock; (1938a). *Esquisse d'une psychologie des classes ouvrières*. Paris: Rivière.

matización de esta noción de conciencia colectiva como eje en el estudio de la vida social está presente desde sus primeras obras. El mismo Halbwachs, ocho después de la muerte de Durkheim, en el artículo *La doctrina de Émile Durkheim* (1918)², al interpretar explícitamente el sentido del proyecto de durkheimiano, optará por ubicar en el concepto de conciencia colectiva la línea más fructífera a seguir. Al hacerlo, lidiará con las acusaciones de la época al sociologismo, mecanicismo o al determinismo de Durkheim y otorgará dinamismo a los estados psíquicos colectivos librándolos del cariz coercitivo que a menudo revisten para pasar a una visión propiamente constitutiva de la conciencia colectiva.

Existen, además, un segundo tipo de trabajos en los que Halbwachs se dedica en exclusiva a la tarea de definir la Psicología colectiva como una disciplina con entidad propia³. Si bien la tarea demarcatoria frente a la otras ciencias y la reivindicación de un orden de realidad específico para la fenómenos socio-psíquicos estaba presente en los trabajos mentados anteriormente, en este conjunto de artículos Halbwachs opera de forma sistemática una delimitación del objeto de la Psicología colectiva frente a las diferentes formas de Sociología y de Psicología de la época. Sin lugar a dudas la ciencia con la que más debate es la Psicología tradicional, de la que la Sociología había tenido que deslindarse y emanciparse del todo para convertirse en una ciencia independiente. En efecto, la Psicología tradicional, cuando reconocía el papel de lo social en lo individual, que no era siempre, partía de una concepción de los estados socio-psíquicos como meras combinaciones o agregaciones de estados psíquicos individuales. Lo mismo pasaba con la “sociología psicológica” que explica las leyes, las costumbres, instituciones de una sociedad a partir de tendencias o creencias individuales. Del mismo modo que la Sociología biológica trata la sociedad como efecto o resultado de la vida orgánica, sin más, la Sociología psicológica trataba la sociedad como la simple suma de creencias individuales. La necesidad de una Psicología colectiva se hace evidente atendiendo a la incapacidad de dar cuenta de la vida socio-psíquica, del espíritu colectivo o de la mente social, de esas diferentes disciplinas.

En este sentido Halbwachs entra de lleno a discutir con el conjunto de etiquetas y clasificaciones que aparecieron en un momento en que empezaban a establecerse los límites entre las ciencias sociales tal y como los conocemos hoy en día (psicosociología, sociopsicología, psicología sociológica, sociología psicológica, psicología social...). Llega a identificar la Psicología colectiva que él defiende con el concepto “Psicología social”⁴. La Psicología Social, según Halbwachs, estudia los estados de conciencia relativos a la vida social de los grupos, y trata esos estados de conciencia como una entidad y una realidad específica, irreducible. Pero Halbwachs preferirá el término de Psicología

² Halbwachs, M. (1918). La Doctrine d'Émile Durkheim. *Revue philosophique*, 85, 353-411.

³ Veáse: Halbwachs, M. (1929). La psychologie collective d'après Charles Blondel. *Revue critique*, 107, 444-456; (1938b). La psychologie collective du raisonnement. *Zeitschrift für Sozialforschung*, 1938, 357-374; (1938c). Individual Psychology and Collective Psychology. *American Sociological Review*, 5 (3), 615-623; (1947). *L'expression des émotions et la société. Échanges sociologiques*. Paris: Centre de Documentation Universitaire; y el propio artículo que presentamos en este número: (1939). Individual Consciousness and the Collective Mind. *American Journal of Sociology*, 44, 812-822.

⁴ Halbwachs, M. (1938c). Individual Psychology and Collective Psychology. *American Sociological Review*, 5 (3), 615-623.

colectiva, para dejar claro que se una ciencia que trata con hechos psíquicos colectivos, surgidos de la vida en común de los individuos, de la vida grupal.

El objeto de estudio propio de esta disciplina es el grupo y las tendencias y las representaciones que los diferentes medios sociales tienen en común. Aunque distintas formas de Psicología hayan podido reconocer esas formas de mentalidad colectiva, para nuestro autor no habían llegado a tratarlas como objeto de estudio específico sino como un agregado difuso o, en el mejor de los casos, como un condicionante o un barniz exterior, sin atender en ningún momento a su naturaleza específica. Aunque no es posible comprender la totalidad de la conciencia individual sin la conciencia colectiva, ésta última no se agota en las formas de la conciencia individual. Existe un nivel de realidad y de análisis propio para la Psicología colectiva. Un primer ámbito de estudio amplio, en el que la Psicología colectiva debía proceder al estudio general de las características y los modos de funcionamiento del pensamiento colectivo, de la naturaleza de las representaciones y tendencias que caracterizan a los grupos. Y un segundo ámbito de estudio particular, abocado al análisis de psicologías colectivas específicas (la psicología colectiva del grupo religioso, la de la familia, la de la nación, la de la clase social, la de las agrupaciones económicas...) dedicado al estudio de la naturaleza y contenidos particulares de las tradiciones, los recuerdos y los conceptos que habitan en los pensamientos, los sentimientos y las percepciones de esos grupos.

Es en el contexto de esta tarea definitoria y clasificatoria que podemos ubicar el artículo que presentamos a continuación. En éste el autor propone una Psicología Colectiva partiendo del debate y la crítica (o de la falta de posibilidad para explicar la mente colectiva) a las psicologías imperantes de la época: la Psicología Comparada y la Psicología Individual o Diferencial. De la misma manera, en el desengranaje de lo que entiende por Psicología Colectiva, establece, también, una distinción con otras tareas de la Sociología. La intención de Halbwachs con esta diferenciación es clara e intencional: la apuesta por una Psicología que no centre únicamente su atención en los aspectos individuales de las personas y que tampoco tenga solamente en cuenta los hechos sociales en la explicación de los comportamientos. En este trabajo, Halbwachs salva la distancia marcada entre estos dos polos, y nos invita y apuesta por practicar una psicología que realmente estudie los procesos psicosociales (porque así podemos entender lo que Halbwachs denomina representaciones y tendencias colectivas).



Este texto está protegido por una licencia [Creative Commons](#).

Usted es libre de copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra bajo las siguientes condiciones:

Reconocimiento: Debe reconocer y citar al autor original.

No comercial. No puede utilizar esta obra para fines comerciales.

Sin obras derivadas. No se puede alterar, transformar, o generar una obra derivada a partir de esta obra.

[Resumen de licencia](#)

[Texto completo de la licencia](#)

Conciencia Individual y Mente Colectiva

Maurice Halbwachs

(Publicación original: Halbwachs, M. (1939). Individual Consciousness and the Collective Mind. *American Journal of Sociology*, 44, 812-822).

Uno de los más graves defectos de la psicología, ya se trate de la psicología clásica, la asociacionista o la fisiológica, es que se ha limitado al estudio del individuo aislado. Ha fallado a la hora de dar cuenta de los múltiples factores que afecta al individuo desde el exterior, tales como las instituciones, las costumbres, los intercambios de ideas y sobre todo, la lengua que, desde la infancia, le condiciona a lo largo de su vida, su entendimiento, sus sentimientos, su comportamiento y sus actitudes de una manera que sería inconcebible para un individuo aislado. Sin embargo, incluso habiendo soslayado estas influencias y habiendo considerado la conciencia individual sólo dentro de sus propios límites, no han podido dejar de darse cuenta de la incidencia de todos estos factores en la conciencia.

Incluso cuando se separa artificialmente al individuo de la sociedad y se le considera sin tener en cuenta las relaciones que mantiene con el grupo, éste sigue guardando la huella de la sociedad. Los procesos intelectuales en particular, que no pueden ser explicados más que por la acción ejercida por la sociedad sobre el individuo, han sido el objeto de estudio de todos los psicólogos. Se podría decir incluso que han sido el objeto predilecto de sus observaciones y de sus análisis, por lo menos en el caso de los psicólogos clásicos. A veces incluso conseguían una correcta descripción y un análisis penetrante del funcionamiento de estos procesos mentales, pero las explicaciones que ofrecían chocaban con dificultades invencibles. Esto vale tanto para los empiristas como para los introspeccionistas. Puesto que, ¿cómo explicar las ideas, los principios, el pensamiento, el juicio que poseemos en tanto que otros los poseen, si se sostiene la hipótesis del espíritu aislado?

Más aún, una buena parte de los psicólogos, en particular los psicólogos metafísicos que han defendido la teoría de las ideas innatas, creían que las “funciones inferiores” de nuestra vida mental física, tales como la memoria, la imaginación, la percepción y también los estados afectivos y los impulsos, dependían estrechamente de la vida intelectual “superior”. No es que dejaran de hacer notar que la voluntad está vinculada a la inteligencia y a la razón. Sin embargo, confinando la inteligencia a nuestro interior, o más exactamente, buscando sus raíces en un elemento exterior al medio que nos envuelve, no conseguían comprender su naturaleza ni discernir sus rasgos característicos. En particular, han fracasado al no comprender que la inteligencia es un factor relativo ya que está vinculado al medio social que se transforma y varía entre lugares y entre épocas. Sin duda, se han acercado a una buena solución del problema pero no han conseguido alcanzarla. Su investigación ha sufrido inevitablemente de la interpretación estática y cerrada de la inteligencia que obvia el medio social.

Otros psicólogos, no solamente los metafísicos sino también los asociacionistas, los fisiológicos y los introspeccionistas, han tratado la mente y las funciones mentales y han intentado explicarlas. Sin embargo, estaban especialmente interesados en lo que consideraban como los elementos más simples, los más inmediatamente perceptibles y observables de la actividad psíquica, es decir, la

sensación, la imaginación y las tendencias orgánicas. Es esta la razón por la cual los llamados procesos y estados mentales “superiores” les han parecido solamente una especie de extensión y combinación de estados y de actos sensoriales, que producían una estructura y una superestructura, a la vez compleja y artificial. Desde su visión no había ninguna razón para dirigirse fuera de la mente individual al estudiar los procesos mentales. Creían que estos estados mentales tenían sus raíces y derivaban su existencia de formas inferiores de vida consciente condicionadas por nuestro organismo y, por lo tanto, debían tener aproximadamente las mismas fronteras que ese organismo al que estaban unidas.

Sin embargo, incluso tratando de estudiar más de cerca y más completamente las manifestaciones psicológicas, los psicólogos han tenido que reconocer algunas evidencias de la relación entre el organismo, el cerebro y el sistema nervioso de diferentes individuos, relación que no podía en todos los casos explicarse en referencia a un organismo aislado. Es así, por ejemplo, para el lenguaje y la expresión de las emociones.

A decir verdad, cuando se explican estados mentales en términos de estados corpóreos, cuando los conectamos con sus reacciones y movimientos, se ponen de manifiesto aquellas características psíquicas que el hombre tiene en común con los animales. Pero cuando, por el contrario, uno se limita al estudio de las formas elementales de la vida consciente, ya no se puede explicar cómo ha conseguido el hombre elevarse de un nivel tan primitivo a las formas superiores actuales de su vida mental. Es precisamente porque los psicólogos de esta escuela han comprendido el funcionamiento de nuestro espíritu a este nivel casi orgánico, que debían admitir que una parte considerable de nuestra vida mental no surge directamente de la psicología individual ya que es imposible explicar las actividades intelectuales en tal perspectiva y que, en consecuencia, la vida mental debe ser objeto de otra disciplina científica que se refiere a los fenómenos de grupo.

No es sorprendente entonces que, Blondel, autodenominándose a sí mismo como psicólogo fisiológico, ponga el acento en un artículo del *Journal de psychologie*⁵ lo que la psicopatología puede aprender de la sociología. Decía, citando Durkheim:

“No es el individuo el que inventa su religión, su moral, su derecho, su estética, su ciencia, su lengua, su manera de comportarse en las circunstancias de todos los días, con sus iguales, sus superiores o sus subordinados, con los fuertes o los débiles, con los ancianos, las mujeres o los niños, su manera de comer y de mantenerse a mesa, ni, en definitiva, cada infinito detalle de su pensamiento y de su conducta. Todo eso lo recibe ya hecho de la sociedad de la cual forma parte, gracias a la educación, a la instrucción y al lenguaje. Esto incluye, sin lugar a dudas, actividades conscientes, pero son, sobre todo, estados mentales las características más esenciales de los cuales son distinguibles de los estados puramente individuales. Si son comunes a todos, no solamente no son el propiamente de de nadie, sino que tampoco se realizan del todo en ninguna de sus encarnaciones individuales. Las ideas del hombre moral no son la moralidad; las del sabio no son la ciencia; nuestros gustos no son la estética; las palabras que intercambiamos no son el lenguaje. Una realidad mental que sobrepasa y al mismo tiempo constituye

⁵ In *Journal de psychologie*, XXII, avril 1925, p. 333.

las mentalidades individuales; tal es la naturaleza esencial de las representaciones colectivas”.

Defiendo así el objeto de la psicología colectiva; haremos bien en distinguirlo de lo que no es y de lo que sigue del terreno de la psicología individual. Según Blondel, el psicólogo debe establecer el énfasis, su base, en los datos que proporcionan la psicofisiología y la psicopatología. En lo referente a las representaciones y las tendencias colectivas, se trata ante todo de reconocer su acción sobre el espíritu de cada individuo, de describir este proceso, de examinar las causas y de eliminarlo, es decir, de dejar limpio el ámbito para la psicología fisiológica. Puesto que la psicología fisiológica trata de llegar a la explicación de los estados de conciencia a través del organismo, sobre todo del organismo considerado en su naturaleza general, esta psicología se ocupa en realidad de la especie humana y se debe llamar “psicología de las especies” o “psicología comparada”. Lo que se estudia en el organismo individual es, en realidad, la especie.

Los datos fundamentales de la psicología colectiva, son el grupo y las tendencias y las representaciones que los diferentes medios sociales tienen en común, pero no se dirige a los individuos para comprender estos estados psíquicos colectivos. Primero los encuentra fuera de los espíritus individuales, en las formas y las estructuras de las instituciones y las costumbres, en las creencias y en los productos del grupo, tales como el arte, la ciencia, la lengua o la técnica. También sitúa estos estados psíquicos colectivos en la naturaleza social que cada uno lleva consigo y que puede ser reconocida desde el exterior, ya que todo lo que existe en la naturaleza social se manifiesta en las formas del lenguaje y del pensamiento común y no deriva de la introspección individual sino de la inteligencia en su forma colectiva.

Hay pues dos ámbitos complementarios pero claramente separados o por lo menos separables y susceptibles de ser distinguidos que, podemos decir, son análogos a la forma y el contenido. Podemos recordar con estas palabras la distinción que hizo Kant, en su *Estética trascendental*, entre, por un lado, las *formas* de sensación, espacio y tiempo que se perciben a priori y, por otro, el contenido material, que sólo deviene conocimiento en relación al marco que disponen estas formas. De la misma manera nuestra conciencia contiene, por un lado, las formas o los modelos sociales y, por otro lado, las cosas imaginadas o percibidas—trozos de pensamientos y de conocimientos comparables a las percepciones e imágenes de los animales, que no difieren de ellas más que en base a la mayor complejidad del organismo y del sistema nervioso humano. Estos fenómenos mentales son originalmente de tipo vago, comparables al pensamiento confuso del individuo que sueña. Devienen cognoscibles sólo cuando entran en el marco de referencia del pensamiento social; pero al mismo tiempo cambian por naturaleza transformándose en estados colectivos con solamente una franja de conciencia orgánica que se oscurece en el carácter indefinido de la vida animal. Desde el momento en que estos fenómenos son la materia prima de la conciencia y de la vida mental de las especies deben estudiarse exclusivamente desde fuera, pero siempre en referencia a sus manifestaciones orgánicas en el individuo.

La psicología será pues psicología colectiva o psicología del individuo en tanto que miembro de la especie humana y todo lo que está en el espíritu se explicará en términos de grupo o especie. Yuxtaponiendo estas dos disciplinas y clarificando el punto de vista de la una y de la otra, podríamos, en cierta medida, explicar la vida mental en su totalidad, puesto que el espíritu debe todo lo que

contiene o al organismo o al grupo social. Una vez estas deudas están pagadas, se puede decir que no debe nada a nadie.

No obstante, Blondel mantuvo que además de estas dos disciplinas psicológicas hay una tercera, distinta a las anteriores, que a su modo de ver, merece el nombre de psicología individual, por la razón siguiente. Se entiende que, como decía Tarde, el hombre es un ser social injertado sobre un ser biológico. No obstante, ni el psicólogo, ni el sociólogo pueden explicar completamente la individualidad misma resultante de este cruce o de este contacto entre series de elementos fisiológicos y sociales. Aún así, somos perfectamente conscientes de que existen diferencias individuales dentro de los grupos sociales. Proceden de las combinaciones e interferencias entre las condiciones orgánicas y las circunstancias sociales que no son idénticas para todos los individuos. Conviene pues, que la psicología se encargue un día de dar cuenta, no sólo del funcionamiento de la mente en general, sino también de las particularidades de los fenómenos que ocurren en las conciencias individuales.

Se llega así a la necesidad de distribuir el estudio de, por ejemplo, la memoria, la percepción, las emociones o los sentimientos, entre estas tres disciplinas psicológicas: una colectiva, la segunda fisiológica o de la especie humana y la tercera diferencial. Es esta última la que Comte propuso añadir a su sistema de filosofía positiva como la séptima ciencia, bajo el nombre "antropología" o "filosofía moral", concibiéndose como la ciencia de los fenómenos mentales individuales.

Consideremos pues este punto de vista. ¿Cuál sería el objeto preciso de la psicología individual o diferencial así definida? ¿Propone explicar toda conducta de cada individuo, en cada lugar y en cada momento, o incluso la conducta de uno o unos cuantos individuos? Cuando es una cuestión del espíritu humano y, así mismo, cuando se habla de seres orgánicos y acontecimientos materiales, no se puede explicar científicamente el caso concreto. Un incendio, una avalancha, el crecimiento de una planta, la muerte de un animal, son acontecimientos únicos no en tanto que prototipos, pero si en la medida en que cada uno de ellos es distinto de todos los otros al mismo tiempo. Esto se aplica igualmente a los estados complejos de la conciencia individual o a los actos por los cuales un ser humano explica su propia personalidad. Es un aspecto de la historia o quizás es la historia misma, si entendemos ésta como la descripción de seres y hechos únicos, y empieza precisamente allí donde se acaba la ciencia de los hechos sociales.

Blondel hace aún más explícita su concepción enumerando una serie de estudios que derivan de la psicología diferencial a la que él se refiere: pedagogía, orientación profesional, "etología" y patología mental. Pero está claro que en cada uno de estos estudios, las circunstancias individuales ocupan un primer plano. Es necesario, al considerar al individuo, que se definan sus aptitudes intelectuales y profesionales, sus disposiciones morales y sus condiciones mentales. Y hay también problemas de método que piden una clasificación y unas distinciones preliminares. Sólo estaremos frente al caso individual en el momento de la aplicación y ninguna de estas disciplinas podrá considerarse como una (pura) ciencia si se limitan a la acumulación de observaciones individuales.

Se puede ir aún más lejos y preguntarle a él mismo si se trata realmente de ciencias en la medida en que estas disciplinas se limitan a reunir datos heterogéneos prestados de otras ciencias distintas. En verdad, apenas se conocen leyes científicas que no pongan en relación hechos homogéneos de modo que es difícil creer que los estudios citados sobrepasen el marco de simples descripciones.

En conclusión, existe una psicología colectiva y una psicología social. Aunque quizás estas dos ciencias no están lo suficientemente desarrolladas como para permitirnos plantear problemas que

pidan su contribución, problemas que son muy complejos y quizá incluso insolubles. Es necesario, en estos momentos, preguntarse cuál es el lugar que corresponde a la psicología colectiva en el ámbito de la sociología. Podría parecer que cuando estudiamos la psicología colectiva del mismo modo que la psicología individual clásica, los sociólogos nos limitamos a perfeccionar la psicología del individuo, a exponer todo lo que el individuo toma prestado de la vida social, sin centrarnos en el estudio de la mente social en sí misma. No obstante, esto no es totalmente cierto. El pensamiento colectivo no es una entidad metafísica que debe buscarse en un mundo separado, en un mundo también metafísico. El espíritu colectivo sólo existe y sólo se realiza en las conciencias individuales. Dicho brevemente, es sólo una determinada organización de las relaciones entre mentes individuales; los estados de conciencia de un número mayor o menor de individuos que componen el grupo. Por esta razón la mente colectiva no puede explorarse si la confinamos en la mente individual. Para comprenderla y estudiarla es necesario buscarla en las manifestaciones de todo el grupo tomado en su conjunto. En otras palabras, siempre es necesario considerar las diversas funciones mentales, tal y como se realizan en tal o cual persona, como aspectos fragmentarios de una función que comparten con todos los otros miembros del grupo. Así, se puede decir que los individuos piensan, sienten, actúan conjuntamente al adoptar una actitud mental que pertenece al grupo.

Deberemos distinguir entonces dos partes de la psicología colectiva. La primera, la general, se refiere al estudio de las características y los modos de funcionamiento del pensamiento colectivo, tal y como se encuentra en todas las sociedades en las que aparecen estas formas de conciencia colectiva y en las cuales se desarrollan representaciones y tendencias que difieren en contenido dependiendo del grupo y que son, por lo tanto, específicas para cada grupo. Después de ese estudio general debería seguir el estudio de las psicologías colectivas particulares -por ejemplo, la psicología colectiva del grupo religioso, la de la familia, la de la nación, la de la clase social, la de las agrupaciones económicas, etc.- que se dedicarán al estudio de su naturaleza específica y al contenido particular de las tradiciones, los recuerdos, los conceptos que habitan en los pensamientos, los sentimientos y las percepciones que las caracterizan.

Pero, ¿no se ocuparía un estudio así del mismo ámbito que la sociología de los grupos? ¿Encuentra uno en el transcurso de su existencia y de su actividad social algo más que un juego colectivo de tendencias y representaciones? ¿Estamos autorizados, en consecuencia, para hacer una distinción entre la sociología como tal y la psicología colectiva?

Puesto que la sociedad encierra un conjunto de seres humanos que piensan, actúan y sienten conjuntamente, la sociología trata, primero y ante todo, con ideas, creencias, sentimientos y tendencias, es decir, con materiales psicológicos. Pero la sociedad en sí misma abarca, quizás, algo más allá de esto. En primer lugar, para alcanzar la solidaridad social y la armonía entre pensamientos, sentimientos y actos, la sociedad debe aceptar ciertas condiciones que aparecen bajo la forma de mecanismos, de dispositivos mecánicos. Es a éstos a los que llamamos "técnicas". Se hacen especialmente manifiestas en la vida económica: técnicas de producción, de mecanización, de comercio y de circulación de dinero. Pero hay también técnicas religiosas, jurídicas, científicas, artísticas, etc. Y está, de forma especial, la técnica general del lenguaje. Sin duda alguna estas técnicas implican una memoria, un razonamiento y unos conceptos que son comunes al grupo que las emplea. Era necesario inventarlas y deben conservarse, ser renovadas y desarrolladas. Sin embargo, una vez fijadas, funcionan de manera casi automática. El organismo y los materiales se disponen conjuntamente; con la utilización de la técnica, las manipulaciones y los movimientos del

organismo devienen más físicos que conscientes. Son la mera aplicación de leyes naturales -leyes que no son las de la vida social sino que se imponen desde el exterior de la sociedad.

En este sentido, podríamos preguntarnos si estas técnicas representan una parte esencial de la vida del grupo social o si por el contrario figuran siempre ahí como un elemento exterior, ajeno. Se ha afirmado que toda evolución, sea social, económica, jurídica o religiosa, se explica por la evolución de la tecnología industrial. Sin embargo, aquello importante desde el punto de vista de la psicología colectiva es que las técnicas no son instrumentos, materiales, máquinas u operaciones sino más bien ideas o, más concretamente, representaciones colectivas hechas de las técnicas. El estudio de la técnica en si misma se encuentra fuera del ámbito de la psicología colectiva, de la sociología o incluso de la sociología económica.

No querríamos decir con ello que la ciencia no sea un producto del pensamiento colectivo. Sin embargo, conviene hacer la diferencia entre la ciencia y su contenido o sus aplicaciones materiales. De este modo, las técnicas pueden ser objeto de la reflexión social mientras que la invención de la técnica, como la ciencia y su aplicación, son resultado del pensamiento colectivo, pero la propia ciencia, en su naturaleza material, no forma parte de la sociedad.

Podríamos incluso distinguir dos aspectos en todas las instituciones: los actos colectivos y las representaciones colectivas. Una institución como la realeza, por ejemplo, consiste, en primer lugar, en la sumisión al rey, en el reconocimiento de su poder y de su prestigio, en sentimientos de afecto y respeto. Éstos son elementos psicológicos. Por otra parte, encontramos la corona, el cetro, el palacio real, las prendas de vestir, los uniformes que distinguen a los dignatarios y a los funcionarios reales según su rango. Hay documentos escritos que legitiman el poder real, manuscritos antiguos, cartas, decretos, ceremonias, sesiones parlamentarias, y desfiles de la corte en los que todos detalles se regulan estrictamente según la etiqueta y la tradición. En resumen, tenemos la forma exterior de la institución, hecha de elementos materiales y a la que podemos denominar como "morfología".

¿Debemos pues concluir que el estudio sociológico de las instituciones sobrepasa el marco de la psicología colectiva puesto que incluye las características y las formas de leyes, hábitos, gobiernos y organizaciones sociales, es decir, características y formas que no son en absoluto de carácter psicológico, que no se reproducen como estados de conciencia pero que existen, visibles y tangibles, en el espacio? Es a estos aspectos de la realidad social a lo que Durkheim se refería cuando recomendó tratar los hechos sociales como cosas. Más aún, de esta manera, los modos de existencia de las sociedades asumen un lugar entre la masa de los objetos materiales con los cuales parecen, en parte, identificarse.

Admitamos que las instituciones son, primero y ante todo, formas estables y estabilizadas de los modos de vida. Sin embargo, si nos remontamos al origen de estas estructuras nos encontramos con estados mentales, representaciones, ideas y tendencias que de algún modo, al estabilizarse, se cristalizan. Ciertamente, hay muchos grados y diferencias a este respecto entre la institución recién nacida y la antigua institución, inflexible y osificada. En este último caso se ha perdido, en cierto modo, una parte de su contenido mental. No obstante, no podemos comprender su existencia y sus características a menos que recordemos y recobremos el pensamiento colectivo que le dio nacimiento que, aunque se encuentre ahora disminuido y reducido e incluso, quizás, absorbido, es susceptible de ser reanimado y revivido si, en determinadas circunstancias, la institución puede tomar un nuevo inicio y asumir una nueva forma. Más aún, el factor fundamental es de nuevo la idea que la

sociedad se constituye a partir de la institución, de sus aspectos exteriores, y de los gestos y de las reacciones que ésta puede controlar.

Existe, finalmente, una morfología de la población que parece, a primera vista, no pertenecer al ámbito de la psicología colectiva pero que forma parte, aún así, de la sociología. La distribución física y la masificación de un grupo, el número de habitantes de una ciudad y su concentración, los movimientos migratorios, la incidencia de la natalidad y la mortalidad ¿no son a caso todos ellos hechos físicos y orgánicos? ¿No debemos considerar los grupos y sus unidades bajo su aspecto puramente material, en su relación con el suelo, su distribución geográfica y en sus hábitos de vida sujetos a las leyes de la mortalidad y la natalidad? Deberíamos comprender, con todo, que ésta sólo es una visión superficial de las cosas. Las poblaciones no son masas inertes que obedecen a leyes físicas de la misma forma que lo hacen, de forma pasiva, los granos de arena o las manadas de animales. Todos estos fenómenos aparecen como si fueran ya conscientes de su distribución, de su masa y de su forma, de sus movimientos, sus crecimientos y de sus declives. Son más bien estados de la mente colectiva, morfológicos o demográficos, que el estadístico trata de reconstruir en base a sus datos numéricos.

Así pues, ni las técnicas ni los hechos morfológicos de la población pueden estudiarse ni explicarse sin buscar, dentro y detrás de ellos, hechos psicológicos, que son los hechos de la psicología colectiva. Estos últimos invaden, en consecuencia, en el terreno pleno de la sociología.

En conclusión, debemos entender que las representaciones y tendencias colectivas se expresan en formas materiales, a menudo de naturaleza simbólica o emblemática. Todos los fenómenos tienen lugar como si el pensamiento de un grupo no pudiera nacer, sobrevivir, y pasar a ser consciente de sí mismo sin basarse en algunas formas visibles en el espacio. Esta es la razón por la cual es necesario estudiar las manifestaciones y expresiones materiales, analizarlas en todas sus particularidades, conectar las unas con las otras y seguir sus combinaciones. Esta necesidad, impuesta a la sociología, podría compararse a la que obliga a la psicología fisiológica a estudiar las reacciones motrices y el funcionamiento del sistema nervioso y del cerebro. Vuelve su atención hacia el organismo individual. Del mismo modo, la sociología, extiende su atención hacia la observación de las características visibles de grupos enteros.

Es aquí donde aparece la diferencia entre la psicología individual y la sociología. Y aquí también se entiende la posibilidad y la necesidad de unirlos y de hacerlos colaborar. La vida consciente parece implicar dos tipos de condiciones: está vinculada a un organismo pero está también relacionada con un medio social, con sus instituciones, sus técnicas y su población. Tiene, se podría decir, dos caras complementarias: una hacia las condiciones orgánicas y, otra, hacia las condiciones sociales. La cara que reflexiona sobre la vida orgánica depende de la psicología individual; y así está bien, puesto que es una característica esencial de los organismos estar aislados y separados los unos con los otros. Es decir, que se presentan así mismos como individuos. En referencia al otro aspecto de la vida mental, el relacionado con la sociedad, sus instituciones y sus hábitos, no puede ser sino colectivo puesto que es su vinculación con las realidades colectivas lo que la impregna, lo que se encuentra reflejado esa parte de la vida mental.

Lo que en definitiva hemos querido describir, y lo que debe comprenderse claramente, es como la mente colectiva, que incluye a los individuos en asociación, a los grupos y a sus complejas organizaciones, da a la conciencia humana acceso a todo lo realizado en la forma de pensamientos,

sentimientos, actitudes y disposiciones mentales en el interior de los diferentes grupos sociales en los cuales se encuentra inmersa.